

MANANA PRODUCCIONES

HANSEL Y GRETEL

Hermanos Grimm



HANSEL Y GRETEL

Hermanos Grimm



HANSEL Y GRETEL
Manana Producciones

Producción: Mariana Acosta S.
e-mail: marianaas44@hotmail.com

Ilustración: Francesca Ratto M.
Diseño colección: Caterina di Girolamo A.

Cerca de un gran bosque vivía un pobre leñador junto a su mujer y sus dos hijos; el niño se llamaba Hansel y la niña Gretel. Tenían poco para comer, y un buen día, como en el país reinaba una terrible hambruna, el leñador no pudo conseguir ni siquiera el pan diario. Llegó la noche y el hombre, pensando en esto, se daba vueltas en la cama, lleno de angustia. Suspirando le dijo a su mujer:

—¿Qué será de nosotros? No podremos siquiera alimentar a nuestros pobres hijos... Y tampoco tenemos suficiente para nosotros mismos.

—Te diré una cosa, marido —contestó la mujer—. Mañana muy temprano llevaremos a los niños al bosque, allí donde es más espeso. Les encendemos un fuego allí y le damos a cada uno un trozo de pan; luego nos vamos a trabajar y los dejamos solos. No encontrarán el camino de regreso a casa y así nos libraremos de ellos.

—No, mujer —dijo el marido—, yo no hago eso. ¿Cómo voy a tener corazón para dejar a mis hijos solos en el bosque? Pronto aparecerían los animales salvajes y los destrozarían.

—Oh, qué tonto eres —gruñó ella—. Tendremos entonces que morir todos de hambre. Ya puedes ir cepillando las tablas para los ataúdes.

Y no lo dejó en paz hasta que él consintió.





—Pero la suerte de mis pobres niños me sigue doliendo, desde luego —se lamentaba el leñador. Los dos niños no habían podido dormirse tampoco esa noche, a causa del hambre, y habían oído lo que la madrastra le había dicho al padre. Gretel lloró amargamente y le dijo a Hansel:

—Ahora estamos perdidos.

—Tranquila, Gretel —dijo Hansel—. No te aflijas, ya buscaré yo el modo de ayudarnos.

En cuanto los padres se durmieron, se levantó, se puso su chaqueta, abrió la hoja inferior de la puerta y se deslizó hacia fuera. En ese momento lucía la luna intensamente y los blancos guijarros que había ante la casa brillaban como monedas. Hansel se agachó y metió tantos como cupieron en el pequeño bolsillo de su chaqueta. Luego regresó a la habitación, y le habló así a su hermana:

—No tengas miedo, querida hermanita, y duérmete tranquila. Verás como el buen Dios no nos va a abandonar.

Y se metió de nuevo en la cama. Cuando se hizo de día y antes de que el sol saliera, llegó la mujer y despertó a los dos niños:

—¡Levántense, perezosos! Vamos a ir al bosque a recoger leña.

Luego le dio a cada uno un trozo de pan.

—Tomen —les dijo—, aquí tienen su almuerzo, pero no se lo coman antes de mediodía, pues luego no habrá nada más.

Gretel se metió el pan bajo el delantal, porque Hansel tenía las piedras en el bolsillo. Luego todos juntos emprendieron el camino hacia al bosque. Cuando había andado un rato, el padre advirtió que Hansel se detenía una y otra vez, mirando hacia la casa.

—Hansel —le dijo—, ¿qué estás mirando y por qué te quedas atrás? Presta atención y no te olvides de caminar.

—¡Ay, padre! —dijo Hansel—. Estoy mirando a mi gatito blanco, que está sentado en el tejado y me dice adiós.

La mujer habló:

—¡Tonto! Ése no es tu gatito, es el sol de la mañana que brilla en la chimenea.

Pero Hansel no miraba a su gatito, sino que sacaba cada vez un blanco guijarro de su bolsillo y lo arrojaba al camino.

Cuando llegaron al interior del bosque, dijo el padre:

—Recojan leña, niños, que voy a hacer un fuego para que no pasen frío.

Hansel y Gretel cogieron ramas secas e hicieron un pequeño montón con ellas. Prendieron las ramas secas, y cuando las llamas estaban ya altas, dijo la mujer:

—Bueno, niños, pónganse aquí al lado del fuego y descansen; nosotros vamos al bosque a partir leña. Cuando hayamos terminado, volveremos a buscarlos.

Hansel y Gretel permanecieron sentados junto al fuego, y cuando llegó el mediodía cada uno se comió su trocito de pan. Y como oían los golpes del hacha, creían que su padre estaba cerca. Pero no era el hacha, sino una rama que él había atado a un árbol seco y que el viento movía de un lado para otro. Y como llevaban ya mucho tiempo sentados, los ojos se les cerraron de cansancio y se durmieron.





Cuando finalmente se despertaron, era ya noche cerrada. Gretel comenzó a llorar y dijo:

—¿Cómo podremos salir del bosque?

Hansel la consoló:

—Espera un poco hasta que salga la luna, y entonces encontraremos el camino fácilmente.

Y cuando la luna hubo salido del todo, Hansel tomó a su hermana de la mano y siguió el rastro de los guijarros, que brillaban como monedas de plata recién fundidas y les mostraban el camino. Caminaron durante toda la noche, y cuando empezaba de nuevo a amanecer llegaron a la casa de su padre.

Llamaron a la puerta, y cuando la mujer abrió y vio que eran ellos, dijo:

—Niños malvados, ¿cómo es que han dormido tanto tiempo en el bosque? Creíamos que no querían regresar.

El padre, sin embargo, se alegró, pues le había destrozado el corazón tener que abandonarlos a su suerte.

No pasó mucho tiempo antes de que nuevamente hubiera hambre y necesidad por todas partes, y una noche los niños oyeron cómo la madre le decía al padre en la cama:

—Ya nos hemos comido todo otra vez, apenas nos queda media hogaza de pan. Esto es el fin. Los niños tienen que irse. Los llevaremos mucho más adentro del bosque para que esta vez no encuentren el camino de salida. No hay otra salvación para nosotros.

El hombre se entristeció mucho y pensó para sí: “Mejor harías en repartir el último bocado con tus hijos”. Pero la mujer no atendía a razones, y no cesaba de insultarlo y hacerle reproches. El que ha cedido la primera vez, tiene que ceder la segunda, y así volvió a hacerlo el padre. Pero los niños estaban todavía despiertos y habían oído la conversación. Cuando los padres se durmieron, se levantó de nuevo Hansel y quiso coger guijarros como la vez anterior, pero la mujer había cerrado la puerta con llave y no pudo salir. Sin embargo, consoló a su hermana y le dijo:

—No llores, Gretel, y duérmete tranquila. El buen Dios nos ayudará.

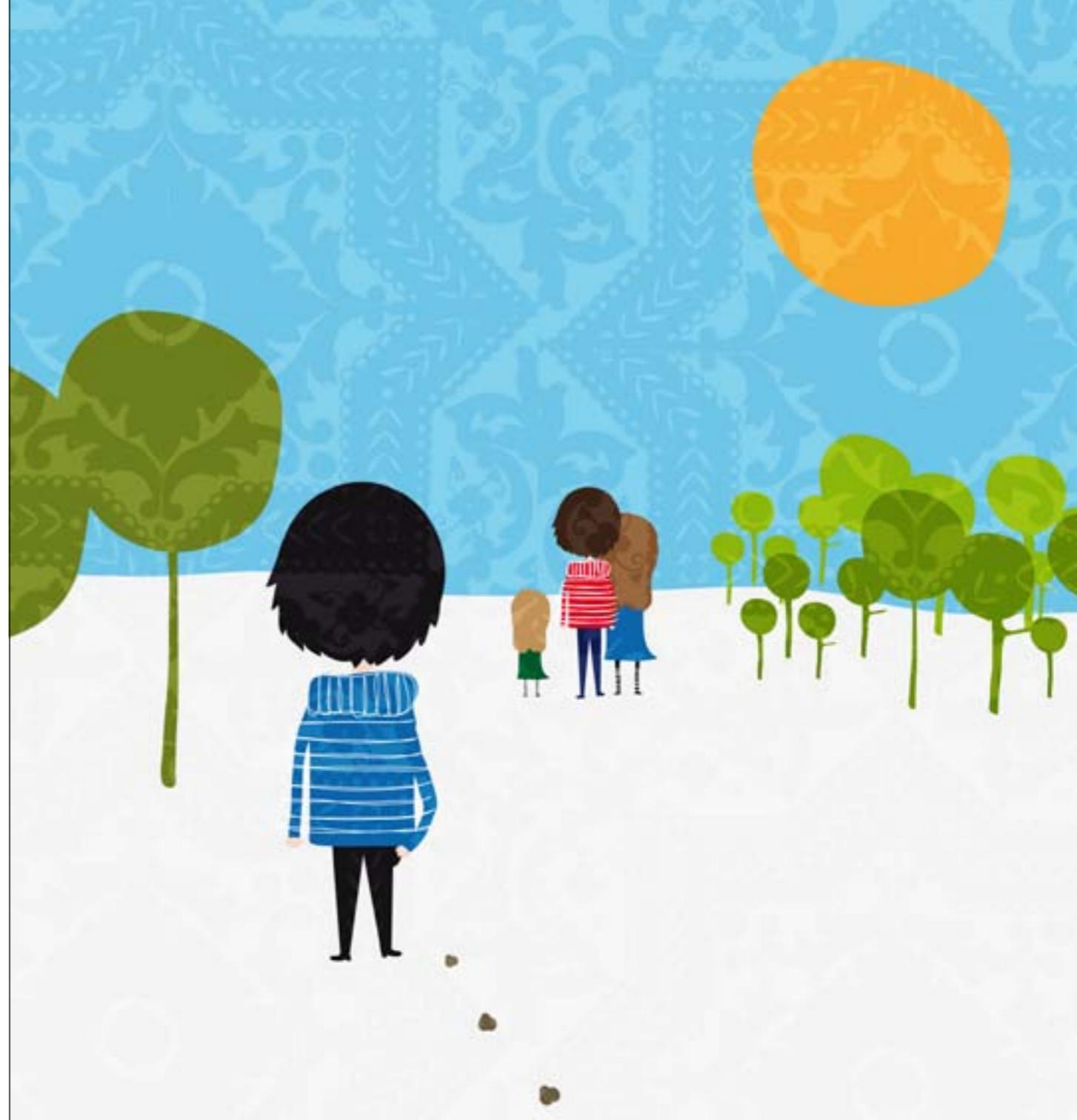
A la mañana siguiente vino la mujer y sacó a los niños de la cama. Les dio un mendrugo de pan todavía más pequeño que la vez anterior. En el camino hacia el bosque, Hansel lo desmigajó en su bolsillo y, parándose cada tanto, fue echando las migas al suelo.

—Hansel, ¿por qué te paras y miras hacia atrás? —dijo el padre—. Sigue tu camino.

—Estoy mirando a mi palomita, que está sentada en el tejado y quiere decirme adiós —contestó Hansel.

—¡Tonto! —dijo la mujer—. No es tu palomita, es el sol de la mañana que brilla en la chimenea.

Hansel, sin embargo, siguió arrojando una tras otras las migajas al camino.





La mujer llevó a los niños más hacia el interior del bosque, hasta un lugar donde ellos no habían estado nunca en su vida. Hicieron de nuevo un gran fuego, y la madre les dijo:

—Quédense aquí sentados, niños. Cuando se cansen, pueden dormir un poco. Nosotros vamos al otro lado del bosque a cortar leña; cuando hayamos terminado, vendremos a recogerlos.

Llegó el mediodía y Gretel repartió su pan con Hansel, que había esparcido el suyo por el camino. Luego se durmieron y pasó la tarde, pero nadie vino por los pobres niños. No se despertaron sino ya entrada la noche, y Hansel consoló a su hermanita diciéndole:

—Espera, Gretel, hasta que salga la luna. Entonces veremos las migajas que he esparcido y ellas nos mostrarán el camino a casa.

Apenas salió la luna, se levantaron, pero no pudieron encontrar ni una sola miga, pues los muchos pájaros que vuelan por el bosque y los campos se las habían comido. Hansel le dijo a Gretel:

—Ya encontraremos el camino, no temas.

Estuvieron andando toda la noche y todo el día siguiente, de la mañana a la tarde, pero no lograron salir del bosque. Estaban realmente muy hambrientos, pues no tenían para llevarse a la boca nada más que las pocas bayas que había en el suelo. Y como estaban muy cansados y ya no podían tenerse en pie, se tumbaron bajo un árbol y se durmieron.

Hacía ya tres días que habían abandonado la casa de su padre. Comenzaron de nuevo a andar, pero cada vez se adentraban más en la espesura del bosque. Si no recibían pronto ayuda, morirían. Hacia al mediodía vieron a un hermoso pajarillo, blanco como la nieve, que estaba posado en una rama, cantando de forma tan hermosa que se detuvieron y le escucharon. Y cuando terminó, batió sus alas y voló ante ellos; los niños le siguieron hasta que llegaron a una pequeña casa, en cuyo tejado se posó el pajarillo. Cuando se acercaron a ella vieron que la casita estaba hecha de pan y cubierta de pastel, y las ventanas eran de azúcar.

—Manos a la obra —dijo Hansel—. Un buen banquete nos vamos a dar. Yo voy a comerme un trozo de tejado. Gretel, tú puedes comer de la ventana, que está muy dulce.

Hansel alzó la mano y cogió un poco de tejado para probar el sabor, y Gretel se apoyó en la ventana y mordisqueó los cristales. Pero en ese momento salió una fina voz de la habitación:

—*Mastica, mastica, masca.*

¿A quién oigo mordisquear?

¿Quién mi casita se quiere tragar?

Los niños contestaron:

—*Es el viento, sólo el viento, es el niño del cielo.*

Y siguieron comiendo sin dejarse distraer. Hansel, al que le estaba gustando mucho el tejado, arrancó un gran trozo. Gretel cogió un cristal redondo de la ventana, se sentó y se puso a comerlo alegremente. De pronto se abrió la puerta y del interior salió lentamente una mujer viejísima que se apoyaba en una muleta.





Hansel y Gretel se asustaron tanto al verla que dejaron caer lo que tenían en las manos. La mujer meneó la cabeza y dijo:

—¡Oh, queridos niños! ¿Quién los ha traído aquí? Entren y quédense conmigo, no les pasará nada malo.

Tomó a ambos de la mano y los llevó dentro de la casita. Les sirvió una buena comida, leche, panqueques con azúcar, manzanas y nueces. Luego les preparó dos camas con ropa blanca, y Hansel y Gretel se metieron en ellas pensando que estaban en el cielo.

Pero la vieja tan sólo simulaba ser bondadosa, pues era en verdad una bruja malvada que acechaba a los niños. Había construido de pan su casa con el solo propósito de atraerlos. Cuando caía uno en sus manos, lo mataba, lo cocinaba y se lo comía, y eso era para ella un día de fiesta. Las brujas tienen los ojos sanguinolentos y no ven bien de lejos, pero poseen un olfato tan fino como el de los animales y notan cuando se aproximan seres humanos. Al percibir que Hansel y Gretel se aproximaban, se había reído malévolamente, murmurando:

—A éstos ya los tengo, no se me pueden escapar.

Muy temprano por la mañana, antes de que despertaran los niños, se levantó, y cuando vio a los dos dormir tan tranquilamente, con las mejillas rojas y rellenitas, dijo para sí:

—¡Esto va a ser un buen banquete!

Con su mano seca cogió a Hansel y lo llevó a un pequeño establo, donde lo encerró tras una puerta enrejada. El niño gritó todo lo que pudo, pero no le sirvió de nada. Luego fue la vieja adonde estaba Gretel, la sacudió hasta despertarla y le dijo:

—¡Levántate, holgazana, trae agua y cocina para tu hermano algo rico de comer! Está allá en el establo y tiene que engordar. En cuanto esté bien gordo, me lo comeré.

Gretel rompió a llorar amargamente, pero fue en vano, pues tuvo que hacer todo lo que exigía la bruja. Le preparó al pobre Hansel la mejor comida; ella misma, en cambio, no recibió más que caparazones de cangrejos. Cada mañana se deslizaba la vieja hasta el establo y decía:

—Hansel, saca tu dedo para ver si has engordado.

Pero Hansel sacaba siempre un huesecillo que había encontrado, y la vieja, que tenía los ojos turbios, no podía ver bien y pensaba que eran los dedos de Hansel y se asombraba de que no engordara absolutamente nada. Pasaron cuatro semanas y Hansel seguía estando flaco. Entonces la bruja fue presa de la impaciencia y no quiso esperar más tiempo.

—¡Gretel, ven aquí! —llamó a la muchacha—. Ve de prisa y trae agua. Me da lo mismo que Hansel esté flaco o gordo; mañana lo cortaré en trozos y me lo comeré.

—¡Ay, ay! —se lamentaba la hermanita acarreado el agua, y mientras rodaban las lágrimas por sus mejillas exclamaba—: ¡Dios mío, ayúdanos, por favor! ¡Si nos hubieran comido las fieras en el bosque, al menos habríamos muerto juntos!





—Ahórrate esos gimoteos —gruñía la bruja—, no te van a servir para nada.

A la mañana siguiente tuvo que salir Gretel temprano, colocar la marmita con agua y encender el fuego.

—Primero vamos a cocer pan —dijo la vieja—. Ya he encendido el horno y he preparado la masa.

Así que empujó a la pobre Gretel hacia el horno, del que salían las llamas del fuego.

—Entra ahí dentro —dijo la bruja— y mira si está bien encendido, para que podamos meter el pan.

Cuando Gretel estuviera dentro, la vieja pretendía cerrar el horno, de modo que la niña se asara allí dentro y ella pudiera comérsela. Pero Gretel advirtió lo que le rondaba por la cabeza y dijo:

—No sé cómo hacerlo, no sé cómo puedo entrar ahí.

—¡Estúpida! —dijo la vieja—. La abertura es suficientemente grande, ¿no ves que hasta yo misma cabría ahí? —y a gatas metió la cabeza en el horno.

Entonces Gretel le dio un empujón que la hizo resbalar hacia el interior del horno. Enseguida, cerró velozmente la puerta de hierro y echó el cerrojo.

La vieja comenzó a aullar espantosamente, pero Gretel se marchó de ahí, y la horrible bruja ardió de forma miserable.

Sin perder tiempo, Gretel corrió adonde estaba Hansel, abrió la reja que lo encerraba y exclamó:

—¡Hansel, estamos salvados! ¡La vieja bruja está muerta!

Hansel saltó como sale un pájaro de la jaula cuando se le abre la puerta. ¡Hay que ver lo que se alegraron ambos! ¡Cómo saltaban de alegría, abrazándose y besándose sin parar! Y como ya no había por qué tener miedo, entraron en la casa de la bruja y descubrieron que en todos los rincones había cajones llenos de perlas y piedras preciosas.

—¡Éstas son mucho mejor que los guijarros! —dijo Hansel, y se metió en los bolsillos todo lo que le cabía.

—Voy a llevarme a casa también algo —dijo Gretel, y llenó su delantal.

—Pero ahora vámonos —dijo Hansel—. Hay que salir del bosque de la bruja.

Habían caminado ya algunas horas cuando llegaron a orillas de un río.

—No podemos cruzarlo —dijo Hansel—, no hay ningún puente.

—Tampoco pasa bote alguno —contestó Gretel—, pero por allí viene nadando un pato blanco; si se lo pido amablemente, él nos ayudará a cruzar.

Entonces dijo:

*—Patito, patito querido
Hansel y Gretel están aquí
si no hay sendero ni puente
¿podrás cruzarnos así?*





El patito se acercó. Hansel se montó en él y le pidió a su hermana que lo hiciera a su lado.

—No —dijo Gretel—, sería muy pesado para el patito. Primero cruzará a uno y luego al otro.

Así lo hizo el noble pato, y cuando estuvieron ya a salvo en la otra orilla y hubieron andado un rato, el bosque les resultó cada vez más conocido y finalmente divisaron de lejos la casa de su padre. Comenzaron a correr, entraron precipitadamente en la habitación y viendo a su padre se le echaron al cuello. El pobre hombre no había tenido ningún momento de alegría desde que dejara a sus hijos en el bosque. La madrastra, por su parte, se había muerto. Gretel sacudió su delantal de manera que las piedras preciosas y las perlas cayeron rodando por la habitación. Hansel sacó un puñado tras otro de los bolsillos. Las preocupaciones de los tres se acabaron entonces y vivieron juntos y felices para siempre.

